

Creación



El Seminario

Hiram Castro Carvajal



-¡Te amo! – me dijo él, una tarde de verano, caliente, pero ventosa. La compañía era perfecta, el hombre que me amaba era lo mejor que podía tener.

Hacedos años de haber ingresado al Seminario. Querías ser sacerdote, siempre lo supe, pero no lo hice por falta de decisión. Tenía veinte años cuando inicié mi proceso vocacional: entrevistas, charlas, hablar con mis padres.

Recuerdo la primera entrevista. Fui tan sincero como pude, dije la verdad: así como Jesús lo hizo antes de morir. Estaba nervioso, porque nunca había hablado con nadie de lo que advertían mis entrañas. Jamás había amado: era virgen. Me descubrí ante un sacerdote. Sentí miedo, pero lo afronté.

Por haber sido sincero, fui aceptado. Cuando me dieron la noticia fui el joven más feliz sobre la tierra.

El sacerdote que aceptó mi ingreso me explicó por qué fui admitido: “tu

naturaleza es seducida por los de tu misma carne, fuiste muy sincero, pero la balanza se inclinó a tu lado al confesar que no has caído en el pecado de la lujuria”. Esas palabras aún retumban en mi mente.

La primera clase del seminario fue inolvidable para mí. Ahí lo conocí y mis pensamientos sufrieron una alteración. Él entró a la clase con una mirada que a mi parecer fue... única. Tomó asiento a mi lado.

- Mucho gusto - escuché decir. Me tendía la mano. Siguió diciendo:

-Mi nombre es Carlos. Y vos ¿Cómo te llamas?

Esas palabras fueron la semilla de nuestra historia. Con el paso del tiempo, nuestra conexión se hizo más cercana. Compartíamos cada momento del día: la hora del almuerzo, las clases, en los jardines. Mis sentimientos se agitaron, mi mente se obnubiló: fueron sus besos, caricias, detalles, los que colaboraron a

forjar en mí el sentimiento del amor. Jamás me había enamorado, jamás nadie me había besado y fue en el seminario donde sentí el placer que provocaba el amor. Lo único que no compartíamos era la habitación. Yo lo deseaba, pero no fue hasta una noche lluviosa cuando escuché que tocaban a mi puerta. Era él, con su pijama y su mirada indefinida. La excitación que me provocaba un ser humano desnudo, el contacto físico, fue algo tan maravilloso que aún siento su respiración en mi cuello, la huella de sus labios aún me dan escalofríos.

¿Por cuál razón estaba él enamorado de mí? Se lo pregunté muchas veces. Su respuesta no me llevaba al cielo, me transportaba al límite del universo, me llevaba a lugares donde la comprensión humana era estúpida e irracional.

El era muy inteligente, el primero en todos nuestros cursos, sin embargo su inteligencia fue un arma de doble filo. Su ironía y arrogancia para con los demás, las aplicó conmigo.

Todo comenzó en el curso de Historia del Cristianismo. El historiador relataba hechos sobre las relaciones antinaturales que los paganos practicaban y que el cristianismo y la Iglesia

Católica reprendían. El “Diccionario Infernal” calificaba a Kelen y Nisroch como promotores de dichas relaciones ilícitas. ¡Los odio tanto! ¡Ese maldito me arrebató a Carlos! Así como los días de gloria llegaron, se fueron. Fue como el alba: hermosa pero corta. Duró tan solo un año y un puñado de meses.

Los besos, las caricias y los orgasmos se habían convertido en tormentos, lágrimas y desplantes. Cada desprecio era como ser lanzado a un vacío donde Dios no existía. Carlos se alejó de mí poco a poco: me evitaba, asientolejos de mí en los cursos... Fue mi primer desamor.

Estas líneas son un legado: de lo que lloré, de lo que sufrí por ilusionarme por algo que creí verdadero, pero que no era verídico. Abandoné el seminario. No podía seguir viéndolo, en cada clase, en cada pasillo y soportar sus malos tratos. Aparentemente, su inteligencia solo era memoria, pero no raciocinio.

La tarde que me fui era caliente y ventosa. Tal y como cuando nos contrábamos y él me decía “te amo” incontables veces. Mi mano sostenía mi pequeña valija y el viento acariciaba mi rostro.